

RACHEL WELLS

**El gato que  
enseñaba a ser feliz**

Traducción de Montse Triviño



DUOMO EDICIONES  
Barcelona, 2018

Título original: *A Cat Called Alfie*

© 2015 por Rachel Wells

© de la traducción, 2018 por Montserrat Triviño González

© de esta edición, 2018 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: febrero de 2018

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncep d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-17128-19-7

D L: B 24278-2017

Código IBIC: FA

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

*Para Xavier: eres mi rayo de luz*



# Capítulo uno





**B**ostecé y me desperecé, parpadeando en la oscuridad de la noche. Las estrellas tachonaban el cielo despejado y la luna nos iluminaba como si fuera un foco.

–Será mejor que me vaya a casa, Tiger –dije, a regañadientes–. Estarán preocupados.

No solía salir hasta tan tarde, pero Tiger y yo nos lo habíamos pasado en grande con algunos de los gatos del barrio y había perdido la noción del tiempo.

–De acuerdo, Alfie, te acompaño a casa.

Tiger era mi mejor amiga. Para ser una gata, era muy valiente y daba bastante más miedo que yo. Y, después de todo lo que yo había pasado, me alegraba tenerla como guardaespaldas. Mientras nos dirigíamos juntos hacia Edgar Road, entre casas a oscuras, farolas encendidas y coches aparcados, de vez en cuando daba un respingo al ver mi propia sombra. La oscuridad me ponía un poco nervioso: evocaba recuerdos del pasado y cosas que prefería olvidar, pero Tiger caminaba a mi lado y me protegía, así que me esforcé por recordar que ahora estaba a salvo.

–¡Mira, Tiger! –exclamé, dejando a un lado mis miedos.

Nos detuvimos en el número 48 de Edgar Road, delante de la casa que estaba junto a la mía.

–¡Madre mía, parece que alguien se está mudando aquí! –dijo ella.

–¡Y a estas horas de la noche! –exclamé de nuevo.

Aquello me parecía rarísimo, no solo porque sabía que los humanos solían dormir de noche, sino porque también sabía que normalmente se cambiaban de casa durante el día.

Nos colamos en el jardín delantero y nos escondimos tras un arbusto, pues conocíamos muy bien el lugar. Emocionados, nos dispusimos a observar los acontecimientos.

Tiger y yo habíamos merodeado por aquella casa en muchas ocasiones. De hecho, la conocíamos casi tan bien como las nuestras.

Unos cuantos meses atrás, los dueños se habían mudado y habían colocado un cartel de «Se alquila». Había convencido a Tiger varias veces para que me acompañara a ver si había algún cambio en la casa, porque pese a todo el tiempo que había transcurrido, aún no conseguía resistirme a la atracción de una casa vacía. Unos cuantos años atrás, cuando me había visto viviendo en la calle por circunstancias de la vida, un gato muy sabio me había enseñado que las casas vacías anunciaban la llegada de nuevas personas y, por tanto, de potenciales familias para gatos necesitados de cariño. Me atraían, pues, como la luz atrae a las polillas. Aunque ahora ya tenía varias familias que me querían, y no era desde luego un gato necesitado de cariño, seguía sintiéndome atraído por las casas vacías.

Había una furgoneta blanca y grande aparcada delante de la casa. Dos hombres la estaban descargando.

Los dos vestían vaqueros y jersey. Uno de ellos llevaba un gorro de lana; el otro tenía muy poco pelo. Los dos eran altos, pero uno delgado y el otro más robusto. Guardaban un silencio casi absoluto mientras descargaban grandes cajas de la furgoneta y las entraban en la casa.

Ronroneé de entusiasmo.

-¡Dueños nuevos! ¡Qué ganas tengo de conocerlos!  
-le dije a Tiger.

-Ay, Alfie, siempre serás un gato de portal. Cuando se trata de nuevas familias, no puedes resistirte, ¿verdad? -me preguntó Tiger. Le dije que no con la cabeza-. ¿No te parece raro? -añadió ella.

-Bueno, un poco sí -respondí.

-¿Quién se muda a una casa en plena noche?

Tenía razón, pensé, mientras me preguntaba qué motivos los habían llevado a elegir aquellas horas de la noche para trasladar sus pertenencias.

Cuando había llegado a Edgar Road, más de tres años atrás, me habían enseñado que los carteles colocados delante de las casas indicaban que no tardarían en instalarse nuevas personas. Yo había llegado a aquella calle sin hogar, abandonado después de que mi anterior dueña muriera. Estaba asustado, solo y no tenía adónde ir, así que había recurrido a aquellos carteles para encontrar las cuatro casas que pronto se convertirían en mis nuevos hogares.

Y, casi sin darme cuenta, me había convertido en un gato de portal, es decir, un gato que vive en varias casas o las frecuenta habitualmente. Con tantos hogares, estaba seguro de que nunca me faltaría comida ni cariño. Encontrarme totalmente solo en el mundo, sin dueño,

me había destrozado el corazón y sabía muy bien que jamás podría volver a enfrentarme a algo así.

En Edgar Road había encontrado cuatro hogares nuevos, pero luego se habían quedado en dos al mudarse las familias. Así pues, aunque aún me sentía bastante seguro, me costaba renunciar a las viejas costumbres. No podía resistirme a la tentación de investigar en las casas vacías, porque uno nunca sabía qué podía depararle el futuro.

–Es una casa bastante grande –señaló Tiger–, lo cual significa que probablemente se va a mudar aquí una familia entera.

Tiger vivía solo unas cuantas puertas más allá, pero su casa era más pequeña. Mi familia principal, Jonathan y Claire, se habían casado después de que yo los presentara y ahora vivían en la casa de Jonathan, que era enorme y pedía a gritos una familia. Era demasiado grande para una pareja y un gato; necesitaba unos cuantos niños correteando por ahí. Tanto Jonathan como Claire querían un hijo, o puede que más de uno, pero por el momento su único niño mimado era yo. Tampoco es que me quejara por ello, la verdad.

–Ojalá sea una familia grande, con unos cuantos niños encantadores. Y sin gato.

–¿Por qué?

–Bueno, pues porque espero que la nueva familia necesite un gato de portal.

Tiger se tumbó entre los arbustos, con aire pensativo.

–Ya tienes a Jonathan y a Claire, y a Polly y a Matt. ¿No crees que va siendo hora de aceptar que tienes fa-

milias que te quieren y que ya no te hace falta buscar más hogares? –dijo Tiger, con un largo y perezoso bostezo.

Al parecer, soltarme sermones la dejaba sin fuerzas. En el fondo de mi corazoncito, sabía que Tiger estaba diciendo la verdad, pero saber algo y sentirlo eran dos cosas completamente distintas.

Nos quedamos allí mirando hasta que los hombres sacaron las últimas cajas de la furgoneta y cerraron la puerta. Luego las entraron en la casa y salieron unos minutos más tarde.

–No sé cómo darte las gracias, la verdad –dijo el hombre delgado.

Parecía triste. Me había acercado un poco a ellos, para oír mejor lo que decían.

–Eh, no te preocupes, tío. Para eso está la familia –respondió el otro, dándole una palmadita en la espalda.

–Ya, pero... La situación en la que estamos ahora y con todo lo que ha pasado, la verdad es que no sé cómo... –dijo, pero se le quebró la voz por la emoción.

Abrí mucho los ojos.

–¿Ya está todo, entonces? –dijo el otro hombre, cambiando de tema.

–Sí. Esto es todo lo que tenemos, ya hemos terminado –respondió, con una risa amarga.

–Venga, hermanito, todo irá bien –dijo el otro hombre.

–Ojalá pudiera creerte –replicó el hombre delgado. Después subieron a la furgoneta y se marcharon.

–Caray, ahora sí que siento curiosidad –dije, mientras la furgoneta se alejaba.

–Alfie, de verdad, creo que ya va siendo hora de que dejes de buscar más hogares –afirmó Tiger, con un nuevo bostezo.

La miré y me di cuenta de que había llegado el momento de irse a la cama. Puede que Tiger fuera tan joven como yo, pero desde luego estaba muerta de sueño.

–Estoy convencido de que tienes razón –accedí–, pero un gato de portal siempre será un gato de portal.